

nuestro Evangelio, Jesús, el Dios misericordioso, pondrá sus dedos en vuestras orejas, es decir que os hará oír su voz, que sus buenas inspiraciones penetrarán hasta vuestro corazón. Vuestra lengua, muda y endurecida, se sentirá suavizada por la unción de su gracia; y después de haberle bendecido, rogado y alabado en el tiempo, le bendeciréis y alabaréis también por toda la eternidad... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DUODÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, X, 23-37.)

**Nuestra caridad para con el prójimo debe ser verdadera, compasiva y generosa.**

TEXTO. *Vade et tu fac similiter. Vé, y haz tú lo mismo,*

EXORDIO. « En aquel tiempo, dice el Evangelio de este día, Jesús dijo á sus discípulos : Bienaventurados los ojos, que ven lo que vosotros véis, porque os digo, que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros véis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron. Y hé aquí que un doctor de la Ley se levantó tentándole y diciendo : Maestro, ¿ Qué debo hacer para poseer la vida eterna? Y él le dijo : ¿ Qué está escrito en la ley? ¿ Cómo lees? Él respondiendo, dijo : Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo. Jesús le dijo : Bien has respondido, haz eso y vivirás. Mas ese hombre, queriendo justificarse á sí mismo, dijo á Jesús : Y quién es mi prójimo? Y Jesús tomando la palabra, le dijo : Un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de los ladrones, que le despojaron, y después de haberle inferido muchas heridas, le dejaron medio muerto y se fueron. Aconteció, pues, que un sacerdote

bajaba por el mismo camino; y cuando le vió, pasó de largo. Y así mismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó también de largo. Mas un samaritano, que iba de camino, se llegó cerca de él, y en viéndole se sintió conmovido de compasión y acercándose le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su bestia de carga, lo llevó á una venta y tuvo cuidado de él. Y otro día sacó dos monedas y las dio al mesonero y le dijo : Ten cuidado de él y cuanto gastares de mas, te lo pagaré cuando vuelva. Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel, que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues vé, le dijo entonces Jesús, y haz tu lo mismo.

PROPOSICIÓN. Tal es hermanos míos la narración del Evangelio de este día. Preguntan á Nuestro Señor, que es necesario hacer para alcanzar la vida eterna. Y Él da una respuesta detallada, mostrando por medio de un ejemplo como debemos portarnos con respecto al prójimo, y termina con estas palabras : « *Vé y haz tu lo mismo, si quieres llegar á la vida eterna.* » Me propongo, pues, esta mañana deciros en pocas palabras las cualidades, que debe tener nuestro amor, nuestra caridad para con el prójimo, para que sea agradable á Dios y nos merezca la vida eterna...

DIVISION. Según la enseñanza de nuestro augustísimo Maestro, la caridad para con el prójimo debe ser semejante á la del Samaritano, de quien habla este Evangelio. Pues bien : esta caridad reúne tres condiciones. *Primeramente* élla fué verdadera. *En segundo lugar* : élla fué compasiva; *terceramente*, élla fué generosa. Tres pensamientos sobre los cuales voy á llamar vuestra atención.

*Primera parte.* Caridad verdadera. Ah! hermanos míos, bien lo sabeis, se hace un deplorable abuso de las mejores cosas, y á veces el afecto, el amor, que se tiene al prójimo, los servicios, que se le hacen, servicios que siempre debieran ser meritorios ante Dios, son con frecuencia estériles y alguna vez culpables... Ellos son culpables, cuando son hechos con intenciones malas; sea que tengan por objeto el seducir y arrastrar al mal á las personas, á quienes se hacen; sea que tengan por motivo nuestra



propia vana gloria, á la exaltacion de nuestro amor propio. Pero hablemos de esta caridad estéril, que nada tiene de sobrenatural, y queda sin valor para el cielo. Tal es, por ejemplo, la que se ejerce con respecto á los parientes, á los amigos, á aquellos hacia los cuales sentimos simpatía. Si, pues, no sabemos elevar nuestras intenciones hacia Dios, y santificar con pensamientos de fé la caridad, que ejercitamos en tales circunstancias, es muy de temer, que nuestras limosnas, ó las demás obras de misericordia, que practicamos con miras puramente humanas, sean estériles y sin ningun valor á los ojos de Dios.

¿Queremos saber qué es la caridad verdadera? Consideremos al Samaritano, que Jesucristo nos cita como un modelo. ¡Él descende de Jerusalem á Jericó; divisa á un hombre cubierto de heridas y medio muerto!... Continúad vuestro camino, viajero, este hombre es un Judío, es vuestro enemigo; porque un odio nacional existe entre Jerusalem y Samaria... Pero no, cristianos, á la vista de las necesidades de este hombre, él olvida todos los motivos de division, que separan á los dos pueblos, él no vé en el herido mas que á un hermano, y, sin hacer caso de las enemistades, que los Judíos tienen con los samaritanos, él se acercará á socorrerle... ¡Si á lo menos este acto de caridad se verificase en público; en presencia de una muchedumbre numerosa y simpática!... entonces comprenderíamos mejor el acto de virtud que él ejerce... Nosotros deseamos, en efecto, cristianos (ah! lo deseamos demasiado,) que el poco bien, que hacemos, sea visto de los hombres. Nosotros encontramos en eso una satisfaccion para nuestro amor propio y una compensacion de los esfuerzos, que hemos hecho. Pero en este caso del samaritano no hay ningun testigo... Al lado de ese pobre herido ha pasado el sacerdote judío con indiferencia ¡el levita ni siquiera se ha vuelto. ¿Erais acaso Fariseos los dos?.. No lo sé... Pero si esto hubiese sucedido en medio de la ciudad, si vosotros hubieseis debido recoger aplausos, sin duda que os habríais parado.... El ojo de Dios solo os ha visto y solo tambien Jesús ha podido revelarnos vuestra indiferencia y dureza....

Pero todavía, cristianos, otra consideracion debía inducir al samaritano á pasar rápidamente su camino, sin inquietarse de los gemidos y lamentos de ese hombre moribundo. El lugar en donde se encontraba era un paraje frecuentado por bandidos, y segun San Gerónimo <sup>1</sup> se habían cometido allí muchos robos y asesinatos... Adelanta, pues, tu camino, o buen samaritano, deja morir á ese judío; quizás desde lo alto de la montaña te están espiondo los bandidos y pueden á hacerte sufrir una suerte igual... Espolea al caballo y marcha á prisa, ese paraje es poco seguro, tu vida corre peligro... Al contrario, él se detiene, cualquiera que sea el peligro que corra, ofrécese un acto de caridad para cumplir en favor de ese pobre herido, y él sabrá cumplirlo. Ah!, hermanos míos, decidme : ¿ese amor para con el prójimo, que desafía el peligro, que no busca aplausos de ninguna clase, que se ejerce en favor de un enemigo, no es eso una caridad verdadera?... O Samaritano, yo te admiro : ¡ ah! á cuantos cristianos de nuestros días podrías servir de modelo !.. En qué corto número se encuentran los que te siguiesen!...

*Segunda parte.* Caridad compasiva. Este Samaritano escucha los gemidos y suspiros de ese judío herido; él se le acerca y se pone á su lado. — Pero ¿qué vas á hacer, viajero?.. Ese hombre está casi muerto, tus cuidados tal vez sean inútiles; el tiempo es precioso, tus negocios te llaman; déjale, pues, morir... Como tu no le has herido, nadie podrá imputarte su muerte... ¡Cuántas razones; en efecto, encontramos, carísimos hermanos, para no enternecernos sobre las miserias del prójimo, para no compadecernos de sus necesidades!.. Qué obligacion tengo de socorrerle, decimos? Acaso tengo yo la culpa de su miseria? No tiene además él parientes, hijos, etc? Que ellos le asistan, pues; en cuanto á mí, nada veo que me obligue á élllo... Ah! hermanos míos, han pasado el sacerdote judío y el levita, ellos han apartado la vista, y sin el samaritano, ese pobre herido habria muerto abandonado y bañado en su propia sangre. Asi, cristianos, tal vez los amigos,

1. Sobre el capit. xx de S. Mateo.



los parientes, los hijos mismos de este necesitado cierran sus ojos por no ver su miseria, se niegan á socorrerle, acaso desean su muerte; y si vosotros no venís á socorrerle, él morirá sin consuelo y sin socorro... Oh! hermanos míos, os lo suplico con ardor, tened entrañas de piedad y compasion para con los pobres...

Ved al Samaritano, él se inclina sobre el herido, le anima, le consuela. El no le hace cargos de ninguna clase, ni le dice : « Has sido un imprudente, ¿quién te hacía meter en ese camino peligroso en una hora, en que es poco frecuentado? Debías prever el peligro y no exponerte á él... » No, por el contrario, apeándose del caballo, se acerca á ese hombre y cura sus heridas con la ternura de una madre. Sin embargo él no es médico, pero la caridad le inspira... Él infunde sobre las heridas un vino, que debe limpiarlas y detener la sangre, que corre de ellas. Enseguida las rocia con aceite, que calmará los dolores de ese infortunado. ¿No veis aquí, hermanos míos, una caridad tierna y compasiva?

¡Qué dichosos seríamos nosotros si esa piedad, esa tierna compasion acompañase las obras de misericordia, que ejercitamos en beneficio del prójimo! Cómo esta circunstancia las haría mas dulces para los pobres y mas preciosas á los ojos de Dios!... Pero, como sabeis, con triste frecuencia la sequedad, la dureza acompañan nuestras limosnas, si por ventura aun las hacemos... Ese hombre rico, esa señora que querrá pasar por piadosa, se sacarán de delante al pobre diciéndole : « Véte al asilo de beneficencia ; allí entrego yo todos los años lo que debo dar. » Otras veces nuestras limosnas irán acompañadas de sentimientos de desprecio ó de palabras insultantes, que harán bien amargo el pedazo de pan, que vengan á pedirnos... ¡Ah! hermanos míos, una vez mas, piedad y compasion para nuestros hermanos, que se encuentran en necesidad! Si vosotros supierais, si conocierais, cuánto cuesta alargar la mano!... Si os fueran conocidas todas las circunstancias desgraciadas, todos los accidentes, que han echado en la indigencia al pobre anciano, á la pobre madre de familia, que reclaman vuestro socorro!... Si, como los miembros de las Con-

ferencias de S. Vicente de Paul, fueseis á visitar en sus viviendas húmedas á esos enfermos, á esos estropeados, acostados sobre la paja ó sobre míseros lechos, estoy seguro, que los que teneis corazón, os sentiríais penetrados de compasion, que vuestras lágrimas correrían y que serían mas abundantes vuestras limosnas.

Pero ah! nosotros no osamos afrontar el espectáculo de la pobreza y las mas de las veces encargamos á una mano extraña la distribucion de lo poco, que damos. ¡Y aun nos llamamos cristianos!... Y ciertas personas, que se niegan tambien á inspeccionar por sí mismas las miserias del pobre, por temor de sentirse lastimadas, osan todavía llamarse piadosas!... Oh! hermanos míos, cuántas cualidades faltan á esta conmiseracion, para que sea élla verdadera!... Cuánto le falta á nuestra caridad para ser verdaderamente compasiva!...

*Tercera parte.* Pero no está todo ahí, la caridad del Samaritano para con el pobre herido se mostró generosa. ¡Qué quiere decir una caridad generosa? Es la que da abundantemente?... Puede ser... Pero, á mi parecer, la caridad generosa es la que se priva y se sacrifica por el prójimo... Angeles de la caridad, que os consagrais al servicio de los enfermos en los hospitales, y vosotros, que sacrificais vuestra vida, para cuidar á pobres ancianos, Hermanas de la caridad, Hermanitas de los Pobres, cualquiera que sea vuestro nombre, cuán generoso es vuestro amor para con el prójimo!.. ¿Generoso?.. Pero cómo?... Éllas no poseen nada! Ellas han hecho voto de pobreza! Todas estas santas almas, que se sacrifican por el bien de sus hermanos pobres y afligidos, nada tienen; ¿qué pueden, pues, dar? Hermanos míos, éllas se dan á sí mismas. Sus días, sus noches, su salud, su vida entera, ved ahí lo que éllas dan á los pobres... ¡Y vosotros las habeis visto privarse á sí mismas de lo necesario, y sin quejarse de las repulsas, mendigar á vuestras puertas por ancianos desvalidos, á quienes la edad y los achaques no permitían ya alargar la mano!...

¡Caridad generosa! Pero decidme : ¿quién ejerce esta caridad con mas abnegacion, ó el rico, que da una pieza de oro de su su-



pérfluo, ó el pobre, que vela en las noches y sacrifica su tiempo al lado del lecho de un vecino enfermo y desamparado?... El mas generoso no es este último?... Él paga con su propia persona; él da un tiempo, de que tiene necesidad para ganarse su propio pan de cada día... Esta caridad generosa la encontramos, hermanos míos, en el Samaritano de nuestro Evangelio. Despues de haber curado con tanta ternura las llagas de aquel herido, próximo á espirar, no dice él : « He hecho lo bastante. » Él se priva de su propia caballería, toma en sus brazos al pobre herido, lo coloca encima de su mismo caballo, mientras que él hace por simismo á pié el camino, que faltaba. Con esta conducta condena el modo de proceder de ciertos cristianos, que no saben privarse de sus comodidades y hacer un sacrificio, cuando se trata de ayudar al prójimo.

Vedle llegado al meson; ¿Qué va á hacer? Sin duda que su tarea está terminada; despues de haber contado al dueño de la casa las penosas circunstancias, en que ha encontrado á aquel infortunado y los cuidados empleados en su favor le diría : « Este es un Judío, lo pongo en vuestras manos, cuidadlo del modo que sepais; en cuanto á mí, he cumplido mi deber, y de sobras... » ¿Es este, hermanos carísimos, el lenguaje que tiene este buen Samaritano? Es este el modo de portarse con respecto al herido?... Él ha pagado con su propia persona, y ahora va á pagar con su dinero. Sacando dos piezas de moneda, las da al dueño del meson, diciéndole : « Cuidad bien de este hombre. » ¿Está todo ahí? No cristianos, Jesucristo nos lo muestra llevando mas lejos su caridad, y comprometiéndose á pagar todos los demás gastos necesarios para la completa curacion de aquel pobre extranjero, que había encontrado en el camino. « Cuidad bien de él, he aqui dos piezas de dinero para sus primeras necesidades; si se necesita mas, no temáis perder nada, yo mismo os pagaré todos los gastos á mi vuelta. » *Et quodcumque supererogaveris, ego cum rediero reddam tibi.* ¿Puede, hermanos míos, encontrarse una caridad mas generosa, mas tierna, mas maternal? ¡O adorable Salvador, con cuánta razon nos proponéis á este Samaritano por modelo!...

Qué dichosos seríamos nosotros, si, segun vuestro mandamiento, imitábamos esta compasion esta caridad en favor del prójimo!...

PERORACION. Hermanos carísimos, sí, verdadera fué, compasiva y generosa la caridad, que practicó este buen Samaritano en favor de aquel pobre herido. Al recomendarnos nuestro dulce Salvador obrar de igual modo, sepámoslo bien, no nos impone nada de imposible. Y para confirmar esta verdad, ¿será preciso citaros la vida de tantos santos, que han tenido para con el prójimo un amor, una abnegacion llevada hasta el heroismo?... Un ejemplo solamente... Ved á esa jóven princesa, tan débil y tan delicada, que sale de su palacio durante la noche. Un pesado haz de leña magulla sus espaldas... ¿A donde se dirige élla en medio de esta noche sombría, en esta estacion rigurosa, pues la nieve cubre la tierra? Porque no hace llevar á sus criadas esa pesada carga? Ah! Es que en la pendiente del monte, que esta cercano á su castillo, se encuentra una pobre mujer enferma, achacosa y aterida por el frío. Élla quiere asistirle por sí misma, calentarla y cuidarla, como si fuera su madre... A las compañeras que la siguen y están tránsidas de frío las dice alegremente : « Poned vuestros pasos sobre los míos. » Y prodigio admirable! la nieve pisada por la jóven princesa calienta los piés helados de las criadas, que la siguen. Esta mujer jóven, este modelo de caridad es santa Isabel de Hungría... ¡Qué valor, hermanos míos, qué heroismo de caridad se revela en toda la vida de esta santa!.. Aquí, élla alimenta á pobres abandonados; allá, cuida y limpia á pobres leprosos; además, ¿osaré decirlo?... temeré herir vuestros oídos, quizás demasiado delicados? Además élla chupa el pús de una úlcera incurable, que queda curada milagrosamente por el contacto de sus labios benditos<sup>1</sup>. Ved ahí los santos, hermanos míos. Oh! si nosotros no podemos imitarlos en este heroismo, admirémosles al ménos, y reconozcamos el mérito de la caridad... Acordémonos que, mostrándonos buenos y compasivos para con el prójimo, merecerémos, segun la palabra de Jesucristo, la vida eterna. Sí,

1. Véase su vida y las Conferencias de Lacordaire sobre la santidad.



hermanos carísimos, seamos misericordiosos y compasivos para con el prójimo, á fin de que un día nuestro dulce Jesús se muestre misericordioso y compasivo para con nosotros... Así sea.

### HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO TERCERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUC, XVII, 11-19.)

**Agradecimiento que debemos a Dios ; manera de testificarle este agradecimiento.**

TEXTO. *Non est inventus, qui rediret et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena.* No hubo quien volviese y diese gloria á Dios, sino este extranjero.

EXORDIO. Hermanos míos, pocos meses antes de su Pasion Nuestro Señor Jesucristo se dirigía hacia Jerusalem, para celebrar la fiesta que entre los Judíos se llamaba la fiesta de los Tabernáculos. Sus parientes, (no hablo aquí de la santísima Virgen, demasiado santa y modesta, para ceder á una tentacion de orgullo; ni de S. José, que en esta época ya no vivía en la tierra;) sino sus demás parientes habrían deseado, á causa de la celebridad, que acompañaba á sus milagros; que Él se hubiese venido con ellos á esta solemnidad <sup>1</sup>. Jesús, que no quería fomentar este amor propio de su familia, tomó otro camino. En este trayecto, pues, á Jerusalem tuvo lugar el milagro, que nos refiere el Evangelio de este día, en el cual leemos <sup>2</sup>: « Dirigiéndose Jesús á Jerusalem, pasó por Samaria y Galilea. Y entrando en una aldea, salieron á su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon de lejos; (por ser contagiosa su enfermedad;) y alzaron la voz, diciendo: Jesús, maestro, ten misericordia de nosotros. Él, en viéndolos, les dijo: Id, mostraos á los sacerdotes; y mientras

1. Joan, VII, 4. — 2. Conf. De Ligny, *Vie de Jésus-Christ.*

iban, quedaron limpios. Y uno de ellos, cuando vió que había quedado limpio, volvió glorificando á Dios á grandes voces; y se postró en tierra á los piés de Jesús, dándole gracias; y este era Samaritano. Y respondió Jesús y dijo: ¿ Pon ventura no son diez los que quedaron limpios? Y los nueve donde están? No hubo otro que volviere y diese gloria á Dios, sino este extranjero. Y le dijo: levántate, véte, que tu fé te ha hecho salvo. »

¡ Ah! hermanos míos, qué vicio tan comun la ingratitud! qué raros son los que dan á Dios las acciones de gracias, que le deben! De aquí esta triste reflexion de Nuestro divino Salvador: « ¡ Por ventura no fueron curados todos? Porqué, pues, de los diez solo este extranjero ha vuelto á dar gloria á Dios? »

PROPOSICIÓN. Quiero, pues, en esta mañana con la ayuda de Dios inspiraros una saludable aversion á la ingratitud, vicio, al cual S. Bernardo llama con razon « un vicio capital, destructor de la gracia, enemigo de la salvacion y uno de los que mas desagradan al corazon de Dios nuestro soberano Bienhechor <sup>1</sup>. »

DIVISION. Os demostraré, pues; *primeramente*; que el agradecimiento á Dioses un deber para cada uno de nosotros; en *segundo lugar*; examinarémos lo que debemos hacer, para cumplir este deber.

*Primera parte.* El agradecimiento á Dios es un deber para cada uno de nosotros... Quiero principiar por pedir os vuestro parecer. Un día, han pasado ya de eso muchos años, nació en una choza abandonada un pobre niño. Sus padres se encontraban en un tal desamparo, que no podían de ningun modo proveer á su subsistencia. Una grande y noble señora, conociendo esta extremada miseria, vino por sí misma, y sin previa invitacion, á sacorrer al niño. Ya comprenderéis con que ternura, cuando os haya dicho, que élla lo tomó sobre sus rodillas, lo estrechó sobre su corazon y le nutrió con su leche. El niño creció; el amor de la noble señora no le faltó jamás. No solamente

1. « Ingratitudo peremptoria res est; hostis gratiæ, inimica salutis, etc. » (S. Bernardo serm. 51 in *Cant.* et serm. 2, de *Evang. Septem panum.*)